



# El Encuentro

Alexandre Dumas



Los caballos iban como el viento, ilustración de Maurice Leloir para *Les Trois Mousquetaires*, 1844

AL VER A SUS ADVERSARIOS, ARTAGNAN se detuvo y cargó la pistola; su nuevo caballo tenía además una carabina colgada del arzón de la silla.

Aquí estoy —dijo Porthos—, ¿qué hacemos? ¿Esperar o cargarles?

—¡Carguémosles! —gritó Artagnan.

—¡A ellos! —respondió Porthos.

Partieron a escape. Los adversarios estaban a veinte pasos de distancia.

—En nombre del rey —gritó Artagnan—. ¡Paso!

—El rey, no tiene que ver con esto —respondió una voz sombría y vibrante saliendo de entre una nube de polvo.

—¡Corriente! Veremos si el rey pasa o no por todas partes.

—Vedlo —replicó la misma voz.

Casi al mismo tiempo resonaron dos pistoletazos, disparado el uno por Artagnan y el otro por el adversario de Porthos. Artagnan atravesó el sombrero de su adversario y el de Porthos dio al caballo de éste en el pescuezo, dejándolo muerto.

—¡Por última vez! —dijo la misma voz—. ¿Adónde vais?

—¡Al infierno! —gritó Artagnan.

—Pronto llegaréis.

Vio Artagnan dirigido contra su pecho el cañón de un mosquete; no tenía tiempo para sacar sus pistolas de las pistoleras, y teniendo presente un consejo de Athos, encabritó su caballo. La bala hirió al animal en el vientre. Sintióle Artagnan vacilar, y tiróse al suelo con gran agilidad.

—Poco a poco —dijo la misma voz irónica y vibrante—. ¿Estamos aquí para matar caballos o para batirnos como hombres? Empuñad la espada, señor mío. Y el desconocido se apeó de su caballo.

—¿La espada? —dijo Artagnan—. Al momento; es mi arma favorita.

En dos saltos puso Artagnan al frente de su adversario; tropezáronse sus espadas y con su ordinaria destreza presentó el mosquetero su arma en tercera. Esta postura era la que prefería para ponerse en guardia. Porthos permanecía arrodillado, con una pistola en cada mano, detrás de su caballo

entregado a las convulsiones de la agonía. Empezó el combate entre Artagnan y su adversario. Artagnan atacó con ímpetu, según acostumbraba; mas se las había con un hombre cuya habilidad y cuyos puños le dieron en qué pensar. Obligado dos veces consecutivas a ponerse en cuarta, el mosquetero retrocedió un paso: su adversario no se movía; Artagnan volvió a la carga y se presentó otra vez en tercera.

Por una y otra parte se tiraron algunos golpes sin resultado. Las espadas centelleaban en medio de la oscuridad. Creyó finalmente Artagnan que era llegado el momento de apelar a su golpe favorito: le preparó muy diestramente y le ejecutó con la rapidez del rayo, descargándole con un vigor que él creyó irresistible. Su enemigo paró el golpe.

—¡Voto a tal! —exclamó Artagnan con su acento gascón.

A esta exclamación dio el desconocido un salto hacia atrás, y estirando la cabeza, trató de divisar por entre la oscuridad las facciones de Artagnan. Este mantúvole en defensa, temiendo algún ataque falso.

—Id con cuidado —dijo Porthos a su adversario—. Aún tengo dos pistolas cargadas.

—Mayor motivo para que tiréis primero —respondió éste.

Porthos tiró: el resplandor del fogonazo iluminó el campó de batalla. Los otros dos combatientes exhalaban un grito.

—¡Athos! —dijo Artagnan.

—¡Artagnan! —dijo Athos.

Athos levantó su espada y Artagnan la suya.

—¡No tiréis, Aramis! —gritó Porthos.

—¡Ah! ¿Sois vos, Aramis? —dijo Porthos. Y echó su pistola al suelo. Aramis guardó la suya y envainó su espada.

—¡Hijo mío! —dijo Athos presentando la mano a Artagnan.

Así acostumbraba llamarle otras veces en sus momentos de ternura.

—¡Athos! —dijo Artagnan retorciéndose las manos—. ¿Conque le defendéis? ¡Y yo que había prometido cogerle muerto o vivo! ¡Ah! Estoy deshonorado.

—Matadme —dijo Athos descubriendo su pecho— si vuestro honor exige que muera.

—¡Oh! ¡Desventurado de mí! ¡Desgraciado de mí! —exclamaba Artagnan—. Sólo un hombre había en el mundo que pudiese detenerme, y la fatalidad hace que ese hombre se interponga en mi camino. ❧